

RECONOCIENDO AL VERDADERO SUJETO

Detrás de todas estas formas, ¿qué hay? ¿Qué es este mundo tan complejo? Hay un mundo físico, que considero real, y otro mundo más sutil: el mundo de los pensamientos, un mundo al que llamo «mi mundo interior». En él, aparece una pregunta: ¿cuál es la verdad? Concibo un mundo formado por una inmensidad de entidades diferentes y cada una de ellas, según mi concepción, tiene una existencia individual, separada de todo lo demás. Y aunque se relacione con las demás entidades, sigue siendo algo aparte de ellas.

Todo lo que existe, sin embargo, existe en la medida en que para mí es experimentable. Lo que veo, lo que huelo, lo que toco, lo que oigo y lo que saboreo. Y también lo que siento o aquello en lo que pienso. Así pues, el mundo, en realidad, no es más que una sucesión de experiencias. A todas estas experiencias, he aprendido a darles un nombre y un valor. Y en ese aprendizaje, en un momento dado, se configuró una idea de mí, una idea compleja: el concepto «yo» asociado a un conjunto de experiencias que se repitieron y quedaron grabadas en la memoria. Ese concepto «yo» me lleva a interpretar el mundo desde la perspectiva de una separación básica: el «yo» y el «no-yo». Yo, que estoy aquí, y lo que percibo, que está allí y que es aparte de mí.

Pero ¿quién soy yo realmente? Cuando me formulo esa pregunta y me quedo en silencio, la respuesta aparece. Detrás de todas estas experiencias, hay alguien que experimenta. Y lo experimenta todo, tanto aquello que llamo «yo», como lo que llamo «no-yo». Todo es experimentado de la misma manera. Y ese que experimenta no puede ser experimentado, sino que está implícito en la experimentación. En realidad, todo este mundo puedo llamarlo experimentación. No hay nada más que eso. Si me olvido por un momento de lo aprendido, no hay «yo», ni «tú», ni «él», sólo experimentación.

Y la experimentación lleva implícito el experimentador, el sujeto de toda experiencia, aquello que no se puede experimentar. Si observo bien, me doy cuenta de que cuando digo «yo», en el fondo no me estoy refiriendo a esta persona que experimento desde un

cerebro, o a un conjunto de pensamientos o emociones: cuando uso la palabra «yo», me refiero en realidad a una noción de identidad, de eternidad. Y lo eterno no puede ser ninguna experiencia, ya que las experiencias cambian: aparecen y desaparecen. Lo único que puede ser eterno es aquello que está siempre en toda experiencia: el experimentador.



Todo problema de la persona se deriva de confundir lo eterno con lo transitorio. Si yo me vivo siendo el experimentador implícito a toda experiencia, ¿dónde se encuentra el problema? Todo está claro. Hay un experimentador y todo son experiencias. En cambio, si confundo al experimentador con un conjunto de experiencias, siempre me faltará algo: el verdadero experimentador. Y es lo que, de una forma u otra, ando siempre buscando. Toda la complejidad de deseos, de demandas, de insatisfacciones, parte de ahí. En el fondo, estoy buscando siempre lo mismo: aquello de lo que me he olvidado. Eso es lo único que me falta y que en realidad está ahí siempre, porque no puede no estar. Porque es eterno, inmutable, inalterable. Lo único que me falta es reconocerlo.

Juani Monteagudo